

NIÑAS
REBELDES.

MADAM C.J. WALKER



FUNDA
UNA
EMPRESA

© Traducción: Hugo Araiza Bravo
Adaptación de portada: Planeta Arte & Diseño / Anilú Zavala
Ilustración de portada: Salini Perera
Lettering de portada: Monique Aimee / Anilú Zavala
Dirección editorial: Elena Favilli

Título original: *Madame CJ Walker Builds a Business by Rebel Girls®*

© 2019, Timbuktu Labs, Inc.
Publicado originalmente en inglés en 2019 por Rebel Girls,
un sello editorial de Timbuktu Labs, Inc.
(Todos los derechos reservados en todos los países por Timbuktu Labs, Inc.)

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx
www.rebelgirls.co

Primera edición en formato epub: febrero de 2020
ISBN: 978-607-07-6410-3

Primera edición impresa en México: febrero de 2020
ISBN: 978-607-07-6421-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*



MÁS LIBROS DE
LAS NIÑAS REBELDES . . .



Cuentos de buenas noches
para niñas rebeldes

.

Cuentos de buenas noches
para niñas rebeldes 2

.

Soy una niña rebelde.
Un diario para iniciar revoluciones

.

Ada Lovelace descifra el código



A las niñas rebeldes del mundo...

**Forjen su propio camino
y háganlo su verdad.**

MADAM C.J. WALKER

Madam C. J. Walker (Sarah Breedlove)

23 de diciembre de 1867 - 25 de mayo de 1919

Estados Unidos de América



CAPÍTULO UNO

La mamá de Sarah le dividió el cabello en tres secciones: una al frente y dos atrás. Sarah se meció mientras su madre empezaba por la raíz y avanzaba hacia las puntas. Le encantaba sentir sus dedos en el cabello.

—Quieta, gusanita —la calmó su mamá.

La hermana mayor de Sarah, Louvenia, estaba sentada a un lado, rascándose las trenzas recién hechas. Le hizo muecas a su hermanita hasta que su madre le lanzó una mirada dura.

—Ya estuvo, Lou. Vete a barrer el porche si no tienes nada mejor que hacer.

Sarah Breedlove, la más pequeña de cinco hijos, era la esperanza de la familia. Nacida en 1867, era la primera de su familia que no había nacido esclava. Ahora sería la primera en ir a la escuela.





Aunque apenas tuviera cinco años, en la última cosecha había trabajado en los campos junto a su mamá, su papá, Lou y sus tres hermanos mayores (Alexander, Owen y James). Toda la familia había pisado el esponjoso algodón plantado en filas rectas que se extendían hasta el horizonte. Sarah recordaba haber sudado bajo el sol ardiente. A veces, las partes espinosas de las plantas le pinchaban los dedos. Pero seguía trabajando, llenando su costal sin importar lo pesado que se pusiera. Sabía que su familia no podía sobrevivir de otro modo.

Cuando su cabello estuvo casi perfecto, su mamá la metió a la cama y le tarareó una canción de cuna.

—Tú, mi niña, vas a ir mañana a la escuela. No más pisca de algodón para mi nena. Cuando crezcas, vas a ser más grande que todos estos campos. Más grande que el río Misisipi.

Sarah se quedó dormida pensando en eso, con una sonrisa en el rostro.

Los Breedlove no siempre podían cubrir sus necesidades, como comida, zapatos y reparaciones del hogar. Durante el invierno, el aire frío entraba

por huecos de las paredes de madera, en donde los tablones no estaban del todo juntos. Pero la cosecha de algodón de aquel año había sido abundante. Toda la familia estrenó ropa y zapatos, y su papá por fin compró aceite para arreglar la puerta de la cabaña, que rechinaba. ¡Lo mejor de todo era que sus papás por fin se iban a poder casar!

—Cuesta cien dólares amarrar el nudo —anunció su mamá, sonriendo mientras agitaba el frasco como sonaja—. Adivinen cuánto tengo aquí.

—¡Cien! —gritaron a coro Sarah y Louvenia, bailando alrededor de sus piernas.

Hicieron la ceremonia ahí mismo, en el patio trasero, bajo los árboles. Su mamá traía su mejor vestido, y le brillaban los ojos mientras tomaba de las manos a su papá.

El pastor sudaba, abanicándose mientras leía de su gran libro negro. Sarah apretó la mano de Louvenia de un lado, y la de su hermano Alexander del otro.

—El pastor tiene cara de haberse tragado un bicho —susurró.

—¡Shhh! —siseó Louvenia.

A Alexander le tembló el cuerpo por contener la risa.

Después de la ceremonia, acomodaron mesas y sillas desvencijadas en el pasto. Todo el vecindario llenó el patio. Llevaron pilas de comida que le hacían agua la boca a Sarah. Un viejo rasgueaba el banyo sentado a la sombra fresca. Los niños jugaban juegos de manos y gritaban de gusto en el campo cercano.

Luego llegó el pastel: dulce y lleno de surcos encima. A Sarah le tocó una rebanada especial. Mientras dejaba que el azúcar se le disolviera en la boca, sintió que la vida era tan dulce como el pastel de su mamá.



El primer día de clases, la mamá de Sarah envolvió una galleta en un pañuelo y se la metió al bolsillo. Luego, su papá la acompañó caminando a la escuela.

El corazón le latía con fuerza cuando le soltó la mano a su papá y entró a un cuarto casi en

penumbra con las ventanas abiertas. Fue directo hacia su maestra y se presentó:

—Hola, señora. Me llamo Sarah Breedlove.

—¡Hola, Sarah! Encantada de conocerte. Yo soy la señora Peacott.

La maestra la llevó a una banca de madera vacía. Sarah se sentó y tomó su pedazo de gis.

Le encantaba la escuela. Le encantaba cómo se deslizaba el gis por el pizarrón. Le encantaba aprender a formar letras y números; primero con líneas vacilantes y, luego, con vueltas cuidadosas.

Pero la educación de Sarah terminó tan rápido como había empezado.

Después de tan solo tres meses, el estado de Luisiana decidió ya no gastar dinero en escuelas para niños negros como ella. Cientos de niños volvieron a trabajar en los campos, y nunca se convirtieron en políticos, abogados ni empresarios. Pero Sarah aprendió una lección importante en clases: a soñar con la esperanza.